

SANTIAGO DE CHILE, DOMINGO 28 DE NOVIEMBRE DE 1937

DE NUESTROS REDACTORES.—

GITANAS

MULTITUD que pasa, que se arremonea, que se contempla hambrientamente. Mujeres que pintan sus labios, sus mejillas, sus párpados, y cuyo cuerpo ondula detalles inéditos del pecado; hombres que miran con gestos de bestiaríos a las hermosas hembras; fulgores románticos que revelan al poeta retrasado; carruajes que arrastran su sinfonia rechinante, sirenas que atraían los tímpanos; rapaces que buscan, en suma una ciudad en movimiento, una ciudad llena de voces, de sugerencias, un aluvión humano que bulle y se renueva constantemente, y siempre abigarrado e impreciso.

Una mujer morena, con una cabeza de esfinge cuyos labios despreciativos prolongan su mirada enigmática y cuyos movimientos rítmicos y nerviosos parecen estar dentro de un rito extraño, atraviesa ajena al movimiento: nada le llama la atención, vive de afuera para adentro.

Un ruido más acentuado, un revuelo del público señala el acontecimiento: una ronda de gitanas doradas, estupendas dentro de sus colorines gritones, avanza mirando ávidamente. Detrás de ellas, adelante, a los lados, en todas las direcciones, la turba de muchachos van engastados dentro de su curiosidad haraposa, firmes sus pasos, su sonrisa rebozando de humor y de ironía.

No andaba con ellas el gitano hermoso, con botas altas, pantalón de pana y cabellera rizada derramándose por debajo del amplio sombrero. No iban tampoco, el oso ni la pandereíta.

Van pasando. La mujer morena de rostro de esfinge y ojos que parecen posarse en el futuro, se detiene y las mira con infinita simpatía, parece amarlas y comprenderlas.

—¡Qué hermosas!, murmura.

Da la sensación de que sería capaz de echar por los caminos interminables, acompañando a un gitano veludoso y de grandes ceños, sobre la carreta quejumbrosa, junto al oso y al caldero de cobre rojo... Parece que ella también fuera una gitana, más que una gitana. Su aspecto es verdaderamente oriental. Las gitanas atraídas por la magnífica sonrisa, la cercan. La más morena, la que por su color parece de cobre bruñido, y por su porte, nacida en lecho de reyes, la habla:

—Linda señorita, tiene los ojos tristes, déjame verte la mano y te diré tu destino.

—No, replica la dama sonriendo.

—Señorita, tienes los labios muy severos; eres muy linda, señorita. Pon una moneda en tu mano y déjame decirte tu destino. Una nueva negativa.

—Señorita linda, veo en tus ojos que amas a un moreno que no te quiere, que te trata mal. Veo también que otro moreno, en que no has reparado, te hará feliz. Pon una moneda en tu mano y te diré la buena ventura.

De nuevo la negativa.

—Señorita linda, tus ojos dicen de los viajes que tú quieres realizar y del hombre que podría llevarte. Abandona al que mal te trata... Señorita linda, pon una moneda sobre tu mano, y déjame que te diga tu destino. Tú no eres feliz y deberías serlo porque eres buena y amorosa. Señorita linda, déjame decirte cómo alejarás para siempre el llanto...

La dama quiere seguir; pero la gitana es... la gitana.

—Señorita linda, no crees en la gitana que te dice la verdad pero si no quieres saber tu destino, pon en tu mano una moneda para mi hijo que es pequeñito y que se parece a ti.

La hermosa mujer entrega una moneda que la gitana paga con una sonrisa y se aleja rompiendo la muchedumbre. La dama queda mirando la estela de la gitana. Está varios segundos inmóvil con los ojos perdidos en el futuro. El augurio ha abierto un cauce desconocido a su emoción. Ahora lágrimas ardientes surgen de sus pupilas. En este momento cree en su dolor y piensa en el momento que deberá libertarla, aprisionándola a su vez y condenándola a través de mares y caminos desconocidos. Pasada la ráfaga sus ojos se hacen más misteriosos, más albos sus labios, y se aleja sin mirar nada, sin detenerse en ningún detalle del mundo que bulle a su lado, envolviéndola, atrayéndola, absorbiéndola...

Antonie ACEVEDO HERNANDEZ